

# LA CONSTRUCCION DE LA IMAGEN URBANA A PARTIR DE SUS SIMBOLOS: LA CIUDAD DE MEXICO DESDE SUS ORIGENES PREHISPANICOS HASTA LA REDEFINICION VIRREYNAL

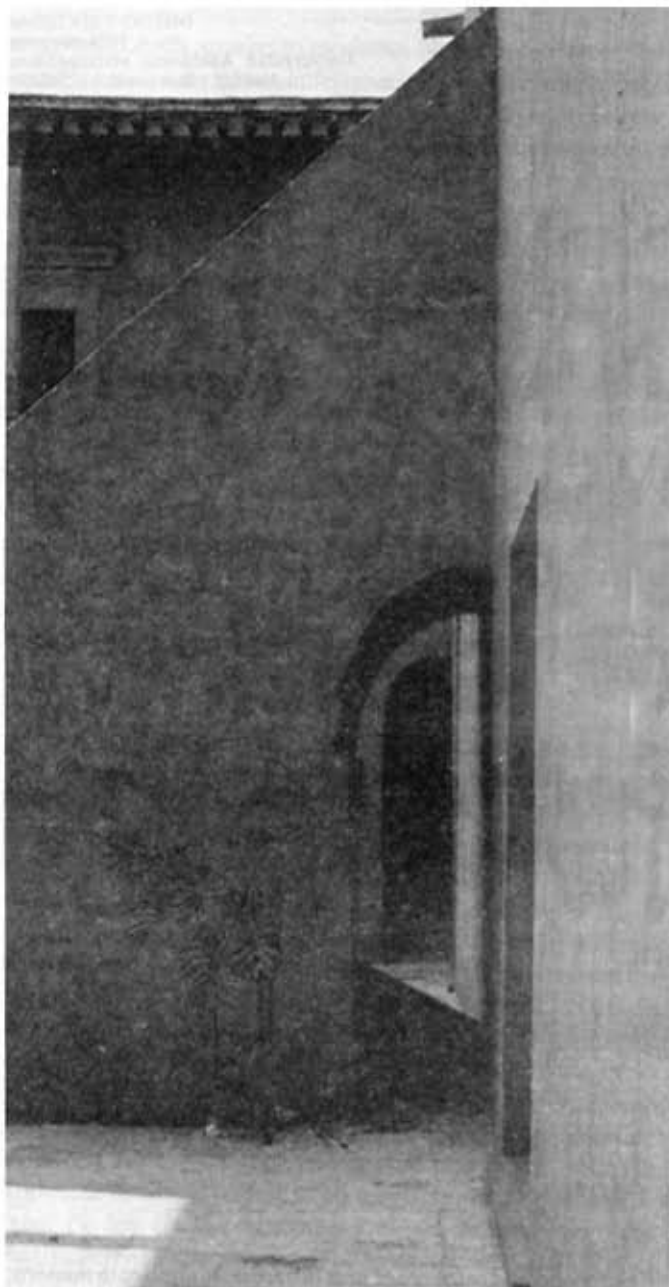
Jorge Morales Moreno\*

## 1. Introducción

**A**lejada de la tradición occidental en términos de diseño, planeación y calidad de vida, e imposibilitados de abordar globalmente el estudio de su imagen, incluso a partir de su arquitectura, la ciudad de México, a casi 500 años de su refundación, nos presenta varias interrogantes que conviene plantear: ¿cómo abordar el estudio de la imagen urbana en una ciudad con tiempos y paisajes superpuestos?, ¿qué aspectos de carácter no arquitectónico, del campo propio de las ideas, han incidido en la configuración de un paisaje determinado?, ¿cómo valorar estos aspectos?, y, finalmente, ¿qué relación es posible establecer entre visión del mundo y arquitectura?<sup>1</sup>

\*Profesor del Departamento de Teoría y Análisis, División de Ciencias y Artes para el Diseño, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

La respuesta a estas preguntas la haré de la siguiente manera: Me centraré en la relación arquitectura-significado(s) histórico(s), y recogeré las ideas que en su momento rodearon la construcción de tal o cual edificio. Acudiré incluso a otros elementos meta-arquitectónicos y trataré de obtener datos en torno a la manera en que éstos fueron valorados o concebidos en su momento histórico. Estoy buscando, pues, la *esencia del lugar*, a partir de sus significados axiológicos expresados por los datos arquitectónicos y aún los de otra índole (íconos, básicamente). Estoy, pues, proponiendo una aproximación semiótica de la imagen de la ciudad. Para ello tomaré sólo los dos primeros períodos históricos (Tenochtitlán-Capital virreynal) pues en ellos el hilo conductor será la expresión religiosa inmanente en la ciudad, misma que es expresada arquitectónicamente con gran vigor. En otras palabras, más que el dato arquitectónico, estoy analizando los valores e ideas que éste expresa, pues esto me permite entender las ideas con que la ciudad de México se estructuraba. Así, tomo el dato



Tatiana R. San Vicente

arquitectónico como expresión del querer ser de esta ciudad en la historia. Veo en él, pues, el deseo y la voluntad histórica de la ciudad.

## 2. Tenochtitlán-México: del simbolismo religioso a la imagen como identidad urbana

### *La primera impresión<sup>2</sup>*

Es una hoja de códice en cuyo centro converge un escudo de guerra, símbolo de dominio y poderío. Es el emblema de la vocación guerrera que caracterizó a este pueblo. Arriba de él, la primera imagen de la ciudad que en su momento debió haber sido la más pequeña del mundo: un peñón sobre el que se erige un nopal con tunas y en el que reposa un águila de perfil, con

las alas extendidas hacia el sol y con una de sus garras levantada cogiendo una tuna. Parece un ave poderosa y es, en su conjunto, la metáfora del lugar: Tenochtitlán, lugar de las tunas sobre la piedra.<sup>3</sup>

El signo ocupa la parte central de un cuadrado cruzado por dos diagonales azules, que se cruzan por la mitad justo donde aparecen las garras del ave, y que simbolizan el lago de Texcoco. Así, la piedra emerge del agua y es coronada por un nopal fértil sobre el que descansa un águila, símbolo solar<sup>4</sup> y, a su vez, representación del pueblo azteca. Es pues, la imagen del pueblo escogido en el lugar prometido.<sup>5</sup>

Las diagonales dividen al cuadrado en cuatro triángulos, cuyas bases forman un perímetro rectangular que, de color azul, hacen extensivo la imagen del lago. La imagen-ciudad descansa, sobre un terreno acuático. A más de dos mil metros sobre el nivel del mar y, como sabemos, rodeada de montañas, resultará el lugar ideal para un pueblo de águilas, cuya misión vital será salvar al sol de la extinción. Es el prolegómeno de la edificación de un inmenso imperio que gobernará innumerables pueblos lejanos de su región y cuyo origen se antoja increíble, dadas las condiciones en las que tuvo lugar. En el rectángulo de la izquierda se aprecian cuatro nobles sentados. El más importante de ellos se llama *Tenoch*, cuyo signo iconográfico (al lado de su cabeza) representa el significado de su propio nombre: una piedra del que sale un nopal con tuna y flor. De sus labios sale una voluta, signo de la palabra, y sus cabellos largos denotan jerarquía. Es, pues, el fundador de la ciudad, encarnación de la historia y guía espiritual.<sup>6</sup>

En los triángulos inferior y superior se aprecian, en cada uno de ellos, dos nobles más, representantes de otros cuatro dignatarios aztecas. En el superior se aprecia una casa un *calli* que simboliza la maduración y consolidación de la ciudad. En ambos triángulos, como en los otros dos, se observan hojas de magüey y plantas de maíz, que evidencian la fertilidad del terreno domesticado. Testimonian la sedentarización (cultura) de la antigua tribu Chichimeca.

En el triángulo de la derecha, justo junto al águila, se aprecia, además de otros dignatarios (en total suman 10), el perfil de un cráneo humano, atravesado por una vara sostenida por dos palos de madera. Es un *tzompantli*, lugar de cráneos la iconografía del sacrificio y la arquitectura de la muerte que caracterizaron a esta grandiosa ciudad. Fuera del área lacustre, debajo del triángulo inferior, se aprecian dos teocallis incendiados. Significan la conquista de los pueblos de Colhuacan y Tenayuca, sur y norte del valle en donde los aztecas asentaron sus reales. A la izquierda de cada teocalli se encuentran, también de perfil, dos guerreros aztecas. Cada uno de ellos trae un prisionero vivo, que conducirá después a la piedra de sacrificio, donde los sacerdotes de *Huitzilopochtli* le sacarán el corazón para asegurar el extraño ciclo de vida que fundamenta la cosmovisión mexicana.

Toda esta descripción está enmarcada por 52 cuadrados que llevan la cuenta de los años que conforman un siglo azteca. Empieza en "casa-dos" y termina en "caña-trece" (sólo hay cuatro posibles designaciones para los años: casa, conejo, pedernal y caña). El año "caña-dos" está señalado por el signo

del "fuego-nuevo", inicio de un nuevo periodo cósmico ("atadura de años") en donde los aztecas tendrán que hacer todo lo posible para conservar la vida del sol, el dador de vida y la energía vital. Como se evidencia en el documento, la guerra y el sacrificio (tzompantli) son parte de este designio divino que hace posible la permanencia de la vida en la tierra. Hasta aquí la iconografía. Completémosla ahora con algunos datos arqueológicos. Ahí donde fue vista el águila por vez primera se construyó el primer templo de la ciudad. En el mito descubierto se erige el corazón arquitectónico: el Templo Mayor. Según una de las leyendas, un corazón fue arrojado al lago por uno de los sacerdotes de Huitzilopochtli, antes del encuentro profético. El corazón se convertiría precisamente en la piedra de donde brotó el tunal que servía de trono al águila del augurio fundacional. Es sobre este sustento que se ha construido el principal templo de los sacrificios. Por lo tanto, es ese monumento el que promueve y mantiene vigentes los rito y mito sagrados. Es la memoria colectiva petrificada. Puede verse, pues, en el Templo Mayor a la arquitectura del mito: es, asimismo, el centro ritualístico que cohesiona en su simbolismo a toda la ciudad. Su diseño expresa mejor que cualquier otro edificio azteca el sentido de la ciudad (*su para qué*).

Sobre una gran pirámide (la última versión del Templo Mayor<sup>7</sup> tendrá la altura de las torres de catedral), se encuentran dos teocallis gemelos con sendas escalinatas.<sup>8</sup> Cada una de ellas conduce a uno de los teocallis-templos. El de la izquierda, al norte de la pirámide si se le ve de frente, está dedicado a Tlaloc, divinidad asociada al agua, a la lluvia, a la vida lacustre propia de los fundadores de la ciudad. El de la derecha, al sur de la pirámide, está dedicado a Huitzilopochtli, el dios inédito de los aztecas, el colibrí de la izquierda, protector y guía, el hacedor de la guerra sagrada. Esta orientación norte-sur corresponde con la idea azteca de que el norte es la "derecha de la tierra" y el sur la "izquierda de la tierra".

En el pensamiento religioso azteca, la identificación de Tlaloc con el agua y la lluvia lo asocia a la fertilidad y a la protección de siembras y cosechas. Es, así, un sinónimo de vida y es a ésta a quien se consagra el teocalli de la izquierda. Huitzilopochtli, la otra cima, es el símbolo asociado a la guerra y al sacrificio humano. Es, pues, sinónimo de muerte. Así, el Templo central de la ciudad sagrada reproduce con una exactitud sin igual una de las dicotomías clásicas del mundo mesoamericano: la vida al lado de la muerte<sup>9</sup> constituyendo una relación complementaria.

Frente al teocalli de Huitzilopochtli aún puede apreciarse la piedra de sacrificios, el precio que los dioses exigieron a los hombres para seguir viviendo. Como sabemos, la práctica del sacrificio era una vieja tradición teotihuacana-tolteca que recorrió y empapó a todo el mundo mesoamericano y que en la práctica azteca tuvo un valor fundamental, al incorporar el corazón (ver supra) y la sangre humanas (los vientos del hombre) como parte vital del ritual.<sup>10</sup> En el fondo, es un concepto cerrado de subsistencia: los dioses se sacrifican para ser posible a los hombres y éstos, en consecuencia, devuelven el sacrificio para mantenerlos con vida o congraciarse con ellos<sup>11</sup>.

Los habitantes de esta ciudad se ven necesitados de hacer guerras con sus vecinos para proveerse de prisioneros a quienes sacrificar. Es, pues, un pueblo preparado para la guerra, para una guerra sagrada donde la muerte, bajo este concepto místico de salvación divina, constituye un honor: el guerrero muerto en el campo de batalla acompaña, transformado en ave preciosa, al sol de la mañana; y el guerrero que logra traer con vida a cinco prisioneros para el sacrificio,<sup>12</sup> asciende en el escalafón militar. Vida y muerte, pues, son parte de un mismo concepto, de un mismo concepto, de un mismo orden discursivo. Son inseparables y una explica a la otra y viceversa. Este es el hueso conceptual que estructura el ordenamiento y la arquitectura de la primera ciudad de México. Tenochtitlán es, así, la ciudad del sacrificio, síntesis de una concepción del mundo que ha equilibrado la vida con la muerte.

La arquitectura que constata al sacrificio es el monumento del Templo Mayor.<sup>13</sup> La que constata a la muerte es el Tzompantli. El Templo Mayor reproduce a escala esa voluntad macabra de existencia ya prevista en la primera página del Códice Mendocino: bajo la escalinata del templo de Huitzilopochtli, los antiguos mexicanos colocaron una piedra esculpida que representaba el cadáver de una mujer degollada, con los brazos y las piernas cercenados del tronco y un cráneo amarrado por dos serpientes atadas a la cintura. Es el primer sacrificio a Huitzilopochtli,<sup>14</sup> y es la inauguración simbólica, en pleno corazón de la ciudad, de una era de muerte.<sup>15</sup> La síntesis arquitectónica de este hecho es elocuente: en algunas reproducciones del Templo Mayor, se aprecian en la techumbre roja del templo a Huitzilopochtli un retablo pintado o esculpido con cráneos humanos; frente al teocalli, en la cúspide de lo que fue la pirámide más alta de la ciudad, descansa la piedra de sacrificios; abajo, como si hubiera sido arrojada por la escalinata, la diosa decapitada y mutilada; y en los alrededores de este conjunto ceremonial, precisamente en el lado poniente, por donde "se pone el sol", un tzompantli de piedra con sus cráneos descarnados.

En suma, la imagen de una ciudad sagrada gobernada, estructurada y proyectada por la muerte (sacrificio) y por la guerra. Son estos conceptos los que dan poder y forma, gobierno e imagen a una ciudad-estado que se fundó y trazó por mandato divino. Su arquitectura<sup>16</sup> es el testimonio de la expresión urbana que adquirió e impulsó esa concepción, y, como la ciudad renacentista europea, logró mantener una increíble armonía e integración entre el discurso que la inspiraba y su proyección material.

### 3. La europeización del mito

#### *La segunda impresión*

He aquí la descripción que hace Hernán Cortés del Templo Mayor (1520):

Hay en esta gran Ciudad muchas Mezquitas, ó Casas de sus Idolos, de muy hermosos Edificios, por las Colaciones, y Barrios de ella: y en las principales de ella hay Personas Religiosas de su Secta, que

residen continuamente en ellas: para los cuales, demás de las Casas donde tienen sus Idolos, hay muy buenos Aposentos. Todos estos Religiosos visten de negro, y nunca cortan el cabello, ni lo peynan desde entran en la Religión, hasta que salen... y entre estas Mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana, que sepa explicar la grandeza, y particularidades de ella: porque es tan grande, que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de Muro muy alto, se podía muy bien hacer una Villa de quinientos vecinos. Tiene dentro de este circuito, toda la redonda, muy gentiles Aposentos, en que hay muy grandes Salas, y Corredores, donde se aposentán los Religiosos, que allí están. Hay bien quarenta Torres muy altas, y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la Torre: la mas principal es mas alta que la Torre de la iglesia mayor de Sevilla...

Hay tres Salas dentro de esta gran Mezquita; donde están los principales Idolos, de maravillosa grandeza, y altura, y de muchos labores, y figuras esculpidas, así en la Cantería, como en el Maderamiento; y dentro de estas Salas están otras Capillas, que las puertas por do entran á ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos Religiosos, y no todos: y dentro de estas están los bultos, y figuras de los Idolos...<sup>17</sup>

Y aquí la versión de Bernal:

"...y llegamos a los grandes patios y cerca donde está el gran cu; y tenía antes de llegar a él un gran cercuito de patios, que me parece que eran más que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calicanto, e el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, e adonde no había de aquellas piedras estaba ancalado y bruñido y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él...

...Y desde subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras adonde ponían los tristes indios para sacrificar, e allí había un gran bulto de como dragón, e otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día...

...y de allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico, que son la de Istapalapa..., que la de Tacuba..., y la de Tepeaquilla. Y víamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenían hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra; e víamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos e otras que volvían con cargas y mercaderías; e víamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y víamos en aquellas ciudades cues y adoratorios a manera de torres o fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas e adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua, e entre nosotros hobo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, e en Constantinopla e

en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño e llena de tanta gente no la habían visto...

...dijo (Montezuma) que entrésemos en una torrecilla e apartamiento amañado de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas tablazones encima del techo, e en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, que estaba a mano derecha, decían que era el de Vichilobos (Huitzilpochtli), su dios de la guerra, y tenía la cara y el rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables...

...y en lo más alto de todo el cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad dél enmantado. Este decían que el cuerpo dél estaba lleno de todas las semillas de había en toda la tierra, y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre (Tlaloc), y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor, que no veíamos la hora de salirnos afuera<sup>18</sup>.

Y sin embargo, en el plano de Temixtitan (Tenochtitlán) que acompalo la edición latina (1524) de la Segunda carta de Cortés<sup>19</sup> se aprecia ya una imagen europeizada de la ciudad. Es la primera imagen descriptiva que se tiene de la ciudad azteca en Europa, y su trazo refuerza el relato que de ella hizo Cortés en ese documento. Es, pues, el primer plano de la ciudad hecho por una mentalidad europea, insensible al valor simbólico presente en sus edificaciones. Acompañando la descripción de Cortés, representa el primer discurso visual de la otredad arquitectónica y urbana. Servirá de base para la factura de otros planos imaginarios que alargarán la leyenda de la ciudad-isla.

Es, por decirlo de alguna manera, un primer plano mental y la primera construcción de una simbólica urbana ajena al mundo urbano hasta entonces conocido. El mismo Cortés (como Bernal) tuvo que acudir a ejemplos de ciudades europeas para poder expresar mejor ciertas dimensiones o características de ella. De hecho, en ese sentido es un documento precursor pues hasta la fecha los diferentes planos que se han hecho sobre la ciudad de las tunas sobre la piedra no son más que simples especulaciones, simples imaginarios sobre cartas, documentos, códices y leyendas. Vale la pena, pues, contrastar lo narrado por Cortés con lo que él mismo quiso resumir visualmente.

Lo primero que llama la atención es el tamaño del recinto donde se ubica el Templo Mayor. Absorbe cerca de un 20% de la superficie total de la ciudad, acorde con las técnicas de representación cartográfica propias del medioevo (sobredimensión de los lugares más importantes). Con el oriente hacia arriba (es decir "orientado", acorde con las características propias de los planos antiguos), el plano se orienta de sur a norte, de tal forma que el templo de Tlaloc, si se le ve de frente, queda a la izquierda, mientras que el de Huitzilpochtli a la derecha.<sup>20</sup> Ambos teocallis, cuya forma es una síntesis de torre y pirámide escalonada, se encuentran separados, dejando ver en medio la imagen de un Sol con rostro humano. Un palacete se observa a la derecha del de Huitzilpochtli. Sobre este conjunto se aprecia la inscripción *Templum ibi Sacrificant*. Debajo del Templo Mayor, justo en medio del recinto, se

aprecia un cuerpo humano decapitado que o bien representa un sacrificio o bien es parte del cuerpo del dios Huitzilopochtli cuya cabeza solar se asoma entre los torreones del Templo Mayor. En la parte inferior pueden verse dos torres más en punta, franqueando una red que bien podría ser un Tzompantli. Abajo la inscripción *Capita Sacrificatrn*. Hay cuatro puertas en la mitad de cada lado del recinto. Desembocan a otras tantas calzadas que permiten el acceso a la ciudad desde tierra firme y se corresponden con los cuatro puntos cardinales.<sup>20</sup> Tres de éstas han sido plenamente identificadas: Iztapalapa (al sur),



Tlacopan (al poniente) y Tepeyacac (al norte). La otra conducía al embarcadero de Texcoco (al este). Delimitaban claramente los barrios que la componían: Cuepopan, Moyotla, Azcapotzalco y Teopan. Escribe Cortés al respecto:

“Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en esta Laguna salada y desde tierra firme hasta el Cuerpo de la dicha Ciudad, por qualquiera parte, que quisieren entrar á ella hay dos leguas. Tiene quatro entradas todas de Calzada hecha á mano, tan ancha como dos lanzas ginetas. Es tan grande la Ciudad como Sevilla, y Córdoba. Son las Calles de ella, digo las principales, muy anchas, y muy derechas, y algunas de estas, y todas las demás, son la mitad de Tierra, y por la otra mitad es Agua, por la cual andan en sus Canoas; y todas las calles, de trecho á trecho, están abiertas, por dó atraviesa el Agua de las unas á las otras; é en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus Puentes de muy anchas, y muy grandes Bigas juntas, y recias y bien labradas; y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de Caballo juntos á la par”<sup>21</sup>.

En el Este vemos el gran dique en las aguas saladas del Lago de Texcoco, mandado a construir por Nezahuacoyotl. Detrás del dique, y cargado al Nor-Este puede distinguirse un caserío en el que destaca un gran torreón. Lleva la inscripción “Tesqua” y corresponde a la ciudad de Texcoco.<sup>22</sup> Dice Cortés de esta ciudad:

“E la Cabeza de él es una muy gran Ciudad, que está junto á esta Laguna salada, que hay desde ella, yendo en Canoas por la dicha Laguna hasta la dicha Ciudad de Temixtitán seis leguas, y por la tierra diez. E llámase esta Ciudad Tezcuo, y será de hasta treinta mil Vecinos. Tienen... en ella muy maravillosas Casas, y Mezquitas, y Oratorios muy grandes, y muy bien labrados. Hay muy grandes Mercados...”<sup>23</sup>

En el Sureste, el pueblo de Iztapalapa. Sobresale como una fortaleza con torreón en punta, parte construido sobre el lago, parte sobre tierra firme y con viviendas cuyos techos o son inclinados o son planos en forma cuadrada, o irregulares en forma de mezquitas, punta o fuerte. Escribe Cortés:

“Terná esta Ciudad de Iztapalapa doce, ó quince mil Vecinos la qual está en la Costa de una Laguna salada grande, la mitad dentro en el Agua, y la otra mitad en la Tierra-firme. Tiene el Señor de ella unas Casas nuevas, que aún no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas, así de obra de Cantería, como de Carpintería, y suelos, y cumplimientos para todo genero de servicios de Casa... Tiene en muchos Quartos altos, y bajos Jardines muy frescos, de muchos Arboles, y Flores Olorosas: Asimismo Albercas de Agua dulce, muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo fondo. Tiene una muy grande Huerta junto la casa, y sobre ella un Mirador de muy hermosos Corredores, y Salas, y dentro de la Huerta una muy grande Alberca de Agua dulce, muy quadrada, y las paredes de ella de gentil Cantería...”<sup>24</sup>

Del Sur arranca, de un enorme castillo medieval de tres torres, una enorme calzada por donde, según el manuscrito de Bernal, entraron por vez primera los conquistadores. Es la calzada de Iztapalapa. Perpendicular a ella, el nombre de la

ciudad rotula el perímetro sur del recinto sagrado. Finalmente, "ntronca con una plazuela designada como "platea" y en el que se aprecia, en el margen de la derecha, un castillo "escalonado" y una construcción con diversas habitaciones. La leyenda inscrita, "Domo D.- Muttezuma", nos confirma que es una de las casas de recreo del célebre emperador azteca:<sup>25</sup>

"Tenía (Moctezuma) dentro de la Ciudad sus casa de Aposentamiento, tales, y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder decir la bondad, y grandeza de ellas"<sup>26</sup>

Precisamente detrás de esta casa, y extendiéndose hacia el norte hasta llegar a la calzada que desemboca en el lago de Tezcoco, se aprecian los jardines y el zoológico que fueran la delicia del emperador. En éste se observa incluso la mirada atónita del dibujante, quien detalla a una de las parejas de humanos "raros" que formaban parte del séquito misterioso de ese lugar:

"Tenía (Moctezuma) una Casa poco menos buena que esta, donde tenía un muy hermoso Jardín, con ciertos Miradores, que salían sobre él, y los Mármoles, y Losas de ellos eran de Jaspe, muy bien obradas. Había en esta Casa Aposentamientos, para se aposentar dos muy grandes Príncipes, con todo su servicio. En esta Casa tenía diez Estanques de Agua, donde tenían todos los linages de Aves de Agua, que en estas partes se hallan...; y para las Aves, que se crían en la Mar, eran los Estanques de Agua salada; y para las de Rios, lagunas de Agua dulce... Había, para tener cargo de estas Aves, trescientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían... Tenía en esta Casa un Quarto, en que tenía Hombres, y Mujeres, y Niños, blancos de su Nacimiento en el rostro, y cuerpo, y cabellos, y cejas, y pestañas... Había en esta Casa ciertas Salas grandes bajas, todas llenas de Jaulas grandes, de muy gruesos Maderos, muy bien labrados, y encajados: y en todas, ó en las mas había Leones, Tigres, Lobos, Zorras, Y gatos de diversas maneras: y de todos en cantidad... Tenía otra Casa donde tenía muchos Hombres, y Mujeres monstruos: en que había Enanos, Corcobados, y contrahechos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí".<sup>27</sup>

Como parte de este conjunto pero en el ala norte de la calzada que conducía al desembarcadero, se aprecia un castillón con dos torreones y techos abovedados. Es, según Toussaint, el palacio de Moctezuma<sup>28</sup>.

En la zona Sur-Oeste, fuera de la ciudad pero dentro del lago y entre las calzadas de Iztapalapa y Tepeyacac, rumbo a Chapultepec, dos caminos conducen a otras residencias y casas privadas que Moctezuma guardaba para sí. Se las representa como dos castillos medievales con torreones en punta. Bajo una de ellas la inscripción "Domus Ad Voluptate D. Motezuma".. En esa misma dirección pero en tierra firme y entre las calzadas de Iztapalapa y Tlacopan, se perciben dos castilletes. Según Toussaint, el que está al Sur-Oeste es Coyoacán mientras el que está al Oeste-Oeste es Tacubaya. Es en este castillón donde el dibujante ha puesto la bandera con el águila bicéfala de los Austria.<sup>29</sup>

En el Oeste se aprecia otra calzada-dique con puentes que desemboca en tierra firme, casi donde se aprecia una arbolada

en cuyo suelo se nota un manantial. De éste brota agua que es conducida por parte de esta calzada, hasta llegar a los alrededores de la isla. Aquel lugar es Chapultepec<sup>30</sup> y la calzada, como ya se ha indicado, es la de Tlacopan, que conducía también al pueblo de Tacuba, ubicado al Nor-Oeste y representado con varios torreones en punta y uno redondo, como techo de mezquita pero sin punta. Por ahí huyeron los conquistadores después del asalto de Alvarado, durante la célebre "noche triste".

Finalmente, en el Norte se aprecia tres caminos que salen de tierra firme. Dos parten de un enorme castillo, con una torre típicamente medieval (Azcapotzalco). Uno de estos dos desemboca en Tlatelolco. El otro parte de otra población enclavada en una sierra (Tepeyac).<sup>31</sup>

En el plano llama la atención la arquitectura vertical, de varios niveles (propiamente europea), que caracteriza a la mayoría de las reproducciones de los asentamientos que hemos señalado, así como la pintoresca manera en que las curvadas hileras de casas, algunas de ellas rodeadas por canales de agua y con vistas almenas o torreones, van saturando los barrios urbanos. Destaca también la diversidad descrita en el interior y en el exterior de la ciudad-isla. Ciertamente el mercado de Tlatelolco, que según Cortés ocupaba una extensión equiparable a dos veces la Ciudad de Salamanca,<sup>32</sup> no aparece por ningún lado, salvo que aceptemos la propuesta de Toussaint en el sentido de que es la plaza que se encuentra en el extremo Nor-Oeste de la ciudad. La inscripción "Eozú" en el original no aclara las dudas. Ciertamente es una plaza cuadrada cruzada de este a oeste por otra avenida que desemboca en Tacuba. Uno de los caminos que salen de Azcapotzalco, como ya he dicho, llega al norte de esta plaza. Según Toussaint, el castillete de tres torreones que se aprecia al lado izquierdo (oeste) del mercado corresponde al Teocalli de Tlatelolco.

Los cuatro barrios de la ciudad se aprecian atiborrados de viviendas, algunas con castillones y zonas arboladas:

«Tiene esta Ciudad muchas Plazas, donde hay continuos Mercados, y trato de comprar, y vender. Tiene otra plaza tan grande (Tlatelolco), como dos veces la Ciudad de Salamanca, toda cercada de Portales al rededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil Animas, comprando, y vendiendo, donde hay todos los generos de Mercaderías, que en todas las Tierras se hallan...»

«Hay en esta gran Ciudad muchas casas muy buenas, y muy grandes: y la causa de haber tantas Casas principales es, que todos los Señores de la Tierra, vasallos del dicho Mutezuma tienen sus Casas en la dicha Ciudad, y residen en ella cierto tiempo del año: é demás de esto, hay en ella muchos Ciudadanos ricos, que tienen asimismo muy buenas Casas. Todos ellos, demás de tener muy buenos, y grandes Aposentamientos, tienen muy gentiles Vergeles de Flores, de diversas maneras, así en los Aposentamientos altos, como bajos...»<sup>33</sup>

Finalmente, vienen las aguas de los lagos, que van rodeando a toda la ciudad hasta formar una suerte de círculo, tal y como lo describió Cortés. Se ven en ellas algunas casas flotantes y dispersas y mucha actividad de pequeñas embarcaciones o

canoas que adornan las laderas Este y Oeste de la superficie acuática. Todo este panorama está encerrado, rodeado de montes, sierras, nubes y árboles.

"La qual dicha Provincia es redonda, y est... toda cercada de muy altas, y asperas Sierras; y lo llano de ella terna en torno hasta setenta leguas, y en el dicho Llano hay dos Lagunas, que casi lo ocupan todo: porque tiene Canoas en torno a mas de cinquenta leguas..."<sup>34</sup>

#### 4. La persistencia religiosa

##### *La tercera impresión*

La portada del libro habla por sí sola:

ESCUDO DE ARMAS DE MÉXICO: CELESTIAL PROTECCIÓN de esta nobolissima ciudad, de la Nueva-España, y de casi todo el Nuevo Mundo, MARIA SANTISSIMA, en su portentosa imagen del Mexicano Guadalupe, milagrosamente aparecida en el Palacio Arzobispal el Año de 1531. Y jurada su principal Patrona el pasado de 1737. En la angustia que ocasionó la Pestilencia, que cebada con mayor rigor en los Indios, mitigó sus ardores al abrigo de tanta sombra...

El voluminoso libro está dedicado al «Señor Don Fernando Sexto, Rey de las Españas y Emperador de las Indias», y fue impreso en México en el año de 1746. La portada va precedida por un excelente grabado que describe la siguiente imagen:

En un rectángulo de 25 cm x 17.2 cm se observa en el plano del fondo las construcciones con torres de una ciudad. La mayoría de ellas terminan en cruces. En un segundo plano puede verse una calle que parte de las construcciones y en donde se aprecian cuerpos humanos tirados sobre el piso. Sobre el muro de una iglesia se observan dos personajes convalecientes. En el marco de esta escena sobresale el de una mujer, probablemente muerta, con el torso desnudo en cuyo costado izquierdo yace el cuerpo inerte de un niño desnudo. Hay un tercer plano donde sobresalen, en el lado izquierdo, tres hombres: el que está al fondo es un sacerdote que lleva nota del acontecimiento. Los otros dos van vestidos con cierta elegancia afrancesada (según la moda borbónica de la época). El de frente lleva los brazos extendidos hacia el suelo y ambos miran hacia el cielo. Paralelo a estos personajes, justo a la derecha, otros personajes (tres) dirigen la mirada al cielo. Dos de ellos tienen las manos juntas, como si estuvieran orando y, como los otros, portan trajes afrancesados. Sus cabellos están ensortijados por los lados. ¿Qué es lo que sucede en esta ciudad y qué están viendo este grupo de personas?

En la parte superior del grabado aparece, en medio de los personajes descritos, una imagen de la Virgen de Guadalupe, enmarcada en un escudo sostenido en sus flancos por dos niños-ángeles, cuyo dibujo recuerda el estilo barroco tardío del momento. A la izquierda y retrasado, hay un ángel más que fija su mirada en el sacerdote escribiente. Un enorme listón con la inscripción *Peltam in salutem urbis missam. Plut in Numa.* atraviesa la escena de los ángeles portadores del escudo protector. Detrás de este conjunto, un cielo bañado por un

resplandor cae sobre la asolada ciudad. Unas nubes oscuras que se disipan por el cielo presagian el surgimiento de un nuevo día. Finalmente, en un último plano y en la parte inferior, una enorme inscripción en latín da cuenta del hecho narrado por el libro. Se aprecia una fecha: 1743 el Libro en cuestión es una prolija narración de episodios Guadalupanos, y pone énfasis en las pestes de Matlazáhuatl que azotaron la capital novohispana en los años de 1736 y 1738 y que fueron superadas, después de acudir incluso a otras divinidades cristianas, sólo por intermediación de la Virgen de Guadalupe. En sí misma, la historia es muy sencilla: un día, a finales del mes de agosto de 1736, por el pueblo de Tacuba,

"comenzó á sentirse entre los sirvientes de un Obraje, y possession de un noble vezino de Mexico; una fiebre que aunque se creyó fruta del tiempo, juntaba con lo agudo, y mortal de la que dispara desde su nociva Estacion el Otoño, lo venenoso, y pestilente, con que suele teñirla el Estío."<sup>35</sup>

y a partir de entonces el mal se extendió por toda la ciudad hasta crear una situación de mortandad y desesperación entre sus habitantes que, ante el fracaso del "escudo médico" y el creciente número de muertos, se optó por una solución "divina". Se acudió primero a la Virre de Loreto, una manifestación española de la Virgen María. Nada. Se optó entonces por la intermediación de la Virgen de los Remedios, la imagen favorita de los conquistadores. Nada de nuevo. Como esta imagen se suponía infalible y, sin embargo, no pudo contener los azotes de la fiebre que, ciertamente, hacía más estragos entre la población indígena, se decidió acudir a la protección de la versión mexicana de la Virgen María: la virgen de Guadalupe. Gran problema: se necesita la aprobación de la curia Romana. El Arzobispo-Virrey Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta urge la aprobación de los jerarcas romanos. Estos, impasibles y lejos de la tragedia que asolaba la orgullosa ciudad criolla, ponen "peros" en la veracidad de los testimonios sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe.

Mientras tanto, la peste continuaba. En dos años acabaría con la vida de 40,157 personas, "cancelando, y no sumando los mil ochocientos sesenta y siete, de los quatro Hospitales, que enterraron sus difuntos en San Lazaro". Los médicos están en entredicho y comienzan las sátiras en su contra. Por las calles de la ciudad se observan cualquier tipo de imágenes religiosas. Y así, finalmente, llega el visto bueno para la intermediación de la Virgen del Tepeyacac, cuyo manto protector detiene milagrosamente los embates de la peste. Este hecho supuso una designación "especial" de la ciudad de México, favorecida de nueva cuenta en este nuevo orden de ideas por la voluntad divina.

A diferencia de una fuerte corriente de opinión, aparentemente respaldada por la influyente congregación jesuita y círculos de la intelectualidad criolla, y que sostenía cierta identidad entre el culto a la Tonantzin y la Virgen de Guadalupe, sea por la evangelización de las tierras americanas por el apóstol Tomás-Quetzalcóatl,<sup>36</sup> la narración de estos hechos se insertan en la versión oficial de los poderes milagrosos de la Guadalupana, circunscrita a una versión de la Virgen María.

Según el presbítero Cayetano de Cabrera y Quintero, autor del libro y conocedor de las crónicas de Sahagún, Duran y Tovar, la Virgen María no sólo estuvo presente en el origen de América, sino también en la conquista de México al lado de los españoles, ¡desde el sagrado cerro del Tepeyac! Obviamente, hay todo un alegato a favor de identificar a la Virgen María (Madre de Dios, María Santísima) con la "prodigiosísima Imagen del Mexicano Guadalupe", descalificando a la diosa Tonantzin azteca (este Leviathan de los montes, monstruo verdaderamente Amphibio en agua, y tierra...) y pretendiendo superarla por la aparición anterior de la virgen cristiana

"Algun tiempo despues de esta que podemos llamar primera Aparicion, estuvo esta Deidad, é Iris admirable de MARIA purificando el Ayre, que avian infestado en el hemispherio de Mexico los incienso de la Idolatría, y gyrando en él como suspensa, á causa de no descubrirse algun suelo en que floreciesen sus plantas; mas como aparecia á ser Madre, fuente y origen de la Christiana Septentrional America, en medio de un mar de Idolatrías (que tal era Mexico entonces) no pudiendo faltarle en aquel sitio, en que la avia echado á puños á los que quiso saliessen por ella á salvamento, le sobreguó la Divina Providencia un collado, Tepeyacac bruto entonces, y concha oy, en que cuaxada con el fresco rocío de sus flores de la Perla que tiene al Septentrion su Oriente en Guadalupe, es también Concha de el Escudo que nos protege"<sup>37</sup>.

Se trata de afianzar el mito guadalupano, tratando de alejarlo de toda asociación con las religiones prehispánicas, y haciendo ver en esta suerte de escudo divino una singularidad de la capital virreynal.

"Tal, por Legado suyo,\* se debe canonizar el de Maria en esta su Celestial Pintura; mucho más viendole levantar sobre su Cabeza el Iris, ó Escudo de su Imagen. Diose este, como a esta Ciudad, a su Custodio, para su Protección, y Patrocinios; y siendo como es su ESCUDO DE ARMAS, se le endonó, como se solia dar el Escudo; por honroso y Tymbre, y Galardon."<sup>38</sup>

Y es con esta impresión que se quiere ver la "nueva" ciudad de México. Nada ha quedado de su pasado cósmico, nada de su vocación solar. El nuevo discurso español corta de tajo las antiguas tradiciones o, sin comprenderlas, las traduce, las deforma, las cercena, las re-interpreta y forja una nueva visión con la cual se quiere explicar el orden y el funcionamiento de la ciudad resultante.

"Era este (como quiso MARIA Sma. se llamasse,\*\* y lleva su ethymología) Rio de Lobos; que tantos eran los infernales, que zebados en torpes sacrificios, y destrozos de humana carne, ofrecidos al Idolo Tyrano de la que se mentian Madre de los Dioses,\*\*\* y las Gentes, y era su muerte; sulcaban la Laguna de Mexico: Assechólos desde su Patria Celestial el Custodio Angel de su tyranizada possession, y disfrazandose en humana forma,

para hacerles (...) perder la voz de sus mentirosos oráculos, descendió á la Mexicana Laguna, en que articuló la humana voz de los Predicadores Evangelicos tan sonoramente corpulenta, que se creyó rugido de algun Leon: (...) Calóse al centro de este entonces lago propriamente infernal, en que nadando para perseguirlos, y ahuyentarlos levantaba sobre su cabeza reverente el escudo, y pintada Imagen de MARIA de GUADALUPE."<sup>39</sup>

La imposición de esta visión europea de la Virgen de Guadalupe puede verse, sin embargo, en la línea de "continuidad" con el carácter religioso que caracterizó a la ciudad de los aztecas. De hecho, uno de los impactos más evidentes que sufrió la nueva ciudad fue en su aspecto religioso. Como en Tenochtitlán, la capital novohispana albergó también a lo más importante de la burocracia eclesiástica. La institucionalización del culto a la Virgen de Guadalupe a partir del siglo XVII le imprimió a la religiosidad de la capital un nuevo sello distintivo que recordaba a la antigua ciudad indígena: aunque con significados diferentes, con el culto guadalupano la ciudad de México siguió siendo la ciudad sagrada de antes y, al mismo tiempo, mantuvo vigente entre la población indígena y mestiza de la ciudad esa modalidad del lenguaje iconográfico que jugara un papel tan importante entre las culturas mesoamericanas.

La construcción del mito guadalupano mantuvo vivo, en el ánimo del indígena, la expresión iconográfica de una "realidad" sagrada, misma que no podía ser explicada de otra forma más que por medio de su imagen. Y así como el Templo Mayor simbolizaba el concepto básico del pensamiento azteca (vidamuerte), la iconografía guadalupana sintetizaba la nueva forma en que los nuevos habitantes reconocían la supervivencia de lo sagrado y la nueva modalidad en que ésta podía expresarse: la Virgen de Guadalupe constituyó el primer "glifo" sincrético que expresaba una forma peculiar de ver el mundo, un verdadero "new brave world", con los ojos de los indígenas sojuzgados. Como sugieren Jacques Lafaye y Octavio Paz,<sup>40</sup> la virgen del "Tepeyac" dio identidad y salvación a la población novohispana no peninsular y permitió, al mismo tiempo, que la antigua Tenochtitlán sobreviviera en la nueva ciudad de México.

La apoteosis llega, sin duda, en las célebres jornadas que describe el libro de Cayetano de Cabrera. Ahí, la ciudad de México se reconoce toda en la imagen sagrada de una versión autóctona de la Virgen María. El antiguo "espíritu" sacro indígena, aquél que había hecho de la ciudad mexicana el bastión de la vida cósmica, el suelo y morada del dios Huitzilopochtli, sobrevive, como una capa "piramidal" más, en el nuevo espíritu sacro guadalupano. La imagen de la Virgen, que inunda pronto los nichos, azoteas y zaguanes de la ciudad virreynal, sustituye en parte la expresión arquitectónica, reducida a los arcos triunfales, la erección de misterios o a la construcción de templos como la propia basílica de Guadalupe. La imagen de esta diosa, a diferencia de las metáforas aztecas, resulta demasiado figurativa como para dejar libre al pensamiento simbólico-religioso.

Al mismo tiempo, y como si esto fuera una paradoja de la historia, la imagen guadalupana logra extender el área de

\* De Cristo (N. de A.)

\*\* Guadalupe (N. de A.)

\*\*\* La antigua Tonantzin (N. de A.)





influencia religiosa más allá de fronteras propias de la ciudad. Así, la ciudad de México logra, por medio de una imagen religiosa local, imponer más allá de sus comarcas y vecindades esa modalidad imperial ya conocida por los vecinos de la antigua Tenochtitlán. Ciudad predestinada e imperial, la ciudad de México mantuvo, transfigurada, su vocación sagrada durante los tres siglos que duró la sujeción española. El laicismo jacobino del siglo XIX derrumbaría ese escudo protector divino. Es ese el siglo, ciertamente, donde la arquitectura civil cobra mayor importancia que la de carácter simbólico-religioso. La ciudad de México deja de verse en el espejo de los dioses y de las vírgenes y esconde su rostro en patrones arquitectónicos de dudoso significado espiritual. El siglo XX se aleja de todo intento de arquitectura espiritual y la predestinación religiosa que caracterizó a los primeros 500 años de la ciudad es sustituida por una especie de predestinación comercial, política, industrial y financiera. Y son esas arquitecturas, huérfanas de significados trascendentales o de connotaciones de identidad nacional, las que pueblan y visten la nueva imagen de la ciudad.

## Notas

<sup>1</sup> Estoy asumiendo las tesis de Aldo Rossi, en el sentido de considerar la ciudad "como una representación de la condición humana" (p. 76), expresada de raíz por la arquitectura-monumento; en el sentido de considerar al monumento-arquitectónico como vestigio de los pensamientos y aspiraciones del hombre, como encarnación de los mitos y repetidor de rituales. En el sentido de identificar ciudad con arquitectura, arquitectura con arte y "dato" histórico o arqueológico; en el sentido de entender la arquitectura como una necesidad

humana de carácter colectivo y como la construcción de experiencias que permanecen como formas (capaces de crear "tipologías"). En el sentido de entender la ciudad, finalmente, como "un conjunto constituido por varios trozos completos en sí mismos" de tal forma que "el carácter distintivo de toda ciudad... es la tensión que se ha creado entre zonas y elementos, entre las diversas partes" (p. 54). Aldo Rossi, *La Arquitectura de la ciudad*. Barcelona, G. Gili, 1982.

<sup>2</sup> La imagen que he seleccionado corresponde a una de las primeras interpretaciones simbólicas que se tuvieron de la ciudad de México antes de la conquista española, y ha sido tomada del Códice Mendocino. Aunque escueta, está llena de significados alegóricos y representa la fundación no sólo de una ciudad, sino de una cultura propiamente dicha, síntesis de otras, y refleja una visión del mundo particular que se distingue de las fuentes culturales que la alimentaron. Como se sabe, el Códice Mendocino fue elaborado por "tlacuilo" a petición expresa del Virrey Antonio de Mendoza (1535-1550), quien con este documento pensaba informar al Emperador Carlos V de los acontecimientos propios del pueblo recién conquistado. Consta de tres partes. La primera, en donde se encuentra la lámina que he reseñado, hace referencia de la fundación de Tenochtitlán así como de los gobernantes que tuvo. La segunda describe los tributos que rendían al imperio azteca los más de los 400 pueblos que controlaba. Y la tercera, que es la parte original del Códice, describe cuidadosamente aspectos de la vida cotidiana de la ciudad hasta antes de la llegada de los españoles. La versión que he utilizado es la traducción francesa de la edición alemana publicada por Liber, con comentarios de Kurt Ross e impresa en Barcelona, España, en 1984. He consultado, para apoyar mi lectura más o menos libre del Códice en cuestión y las interpretaciones posteriores que me ha sugerido, los siguientes trabajos especializados:

Alfonso Caso. *El Pueblo del Sol*. México, FCE, 1983.

Eduardo Matos Moctezuma. *Muerte al filo de obsidiana*, México, SEP, 1986.

Paul Westheim. *La calavera*, México, SEP, 1985.

Christian Duverger. *El origen de los aztecas*, México, Grijalbo, 1987.

Este último libro es vital para esclarecer el oscuro origen del "pueblo del sol". Duverger acude a fuentes o leyendas prehispánicas, y con ellas teje varias versiones del posible origen azteca, incluyendo el origen de la tribu y de su propio nombre ("mexica, mexitin, aztlan").

<sup>3</sup> O "en el lugar de las tunas de piedra", según la reciente interpretación de Christian Duverger, dado que "nochtli" significa solamente "tuna", la fruta del nopal, y no nopal, como se ha comúnmente creído. El hecho de que el águila descansa sobre las tunas resulta importante, pues estas frutas son asociadas al corazón de los sacrificados ("quauhnochtli tlazotli", "preciosas tunas del águila"). El peñón simboliza el corazón de un primer sacrificado y que, arrojado al lago por mandato de Huitzilopochtli, florecerá con el nopal cargado de tunas, alimento del águila. Op. cit., p. 355 y 360-362 y 364-371. Según Duverger, el águila es un "nahualli" del sol, "simboliza su ser nocturno y subterráneo". Ibid., p. 362.

<sup>4</sup> Cf. *Códice Ramírez*, pp. 31 y s. Duverger reproduce una lámina del Manuscrito Tovar, donde aparece el águila en la misma posición que en el Códice Mendocino (de perfil, mirando hacia el oriente y con las alas extendidas), pero devorando un pájaro (símbolo de guerra y tributo), tal y como le fue prometido a los fundadores de Tenochtitlán por Huitzilopochtli. A la derecha del ave, en la parte superior, vuelve a aparecer el escudo de guerra y en la parte inferior un noble azteca que, por el grafo que lo designa, es Tenoch. Ibid., p. 358. No deja de sorprenderme la explicación que de esta imagen originaria de la fundación de Tenochtitlán ofrece Fernando Benítez: pese a la lectura de Durán, se acoge a una re-interpretación de Alfonso Reyes en donde, basándose en un pasaje de "La Encicla", concluye que el águila vista por los fundadores aztecas devorando una serpiente (sic) significaba que el pueblo del sol (águila) "venció al ingrato medio lacustre del Valle de México" (serpiente de agua). Fernando Benítez, *Historia de la Ciudad de México*, tomo 1, p. 40. Madrid, SALVAT, 1983, *Códice Ramírez*. México, Porrúa, 1975.

<sup>5</sup> Sin embargo, Christian Duverger sostiene que Tenoch aparece como un intruso en la historia de la fundación de Tenochtitlán. Constituye un personaje de más, "carente de significado" e inventado (como la serpiente que es devorada por el águila) por la versión española de la historia. Por un lado, su presencia "sospechosa" en el Códice Mendocino rompe en términos numéricos la simbología propia de la historia azteca (son 10 los personajes que aparecen, siendo 9 las llanuras chichimecas originales); y por otro, no se acostumbraba en la tradición azteca poner a los lugares el nombre de sus fundadores o caudillos (incluso de dioses). Ibid., pp. 352-354.

<sup>6</sup> Una completa descripción del Templo Mayor puede encontrarse en Eduardo Matos Moctezuma: *Una visita al Templo Mayor*, México INAH, 1981.

<sup>7</sup> Bernal Díaz del Castillo contó 114 escalones en una de sus escalinatas. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Madrid, Espasa Calpe, 1968, p. 194.

<sup>9</sup> La dualidad Tlaloc-Huitzilopochtli puede verse también como el origen dual que motivó a los aztecas: Tlaloc, dios del este, dador de vida y cultura, de tradición "olmeca" y Huitzilopochtli, deidad del eje norte-sur, dios del tributo y de la guerra y de origen "chichimeca". Sin embargo, no debe ignorarse que también se ofrecían sacrificios humanos (generalmente niños) al dios Tlaloc. Christian Duverger, op. cit., pp. 317-320 y 377-379.

<sup>10</sup> Cf. Miguel León-Portilla. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. México, FCE, 1976, pp. 90-95 y 173. Cabe destacar que León-Portilla asocia Huitzilopochtli al Sol, y eso explica su presencia en el Templo Mayor y los sacrificios hechos en su honor. La opinión de Duverger sin embargo es otra:

"Sabemos, por otra parte, que el Sol, según el pensamiento azteca, es una expresión metafórica de la energía. Ahora bien, en el mundo mexicano, a la energía se le considera como un stock. Y todo stock tiende necesariamente a agotarse, por lo que los hombres deben asumir la imperiosa necesidad de la restauración. Para contribuir a que el movimiento cósmico se perpetúe, hay que alimentar la energía, hay que darle de comer al Sol. Así es como la simbología del sacrificio se expresa de manera privilegiada en el registro de la metáfora oral. El Sol siempre es descrito como un depredador: devora las víctimas que se le inmolan. Come el corazón de los sacrificados y sacia su sed con su sangre. En el lenguaje del mito y del rito, dar de comer y dar de beber al Sol significa únicamente ofrecer sacrificios humanos por Tlaltecui Tonatiuh". Op. cit., p. 362. Así, el símbolo original de la ciudad de México es el Sol-águila que come tunas-corazones. Este es, en principio, el significado de Tenochtitlán y la síntesis de la historia del pueblo que la fundó y, asimismo, es esto lo que representa la imagen del Códice Mendocino al que hemos estado haciendo referencia:

"El águila sobre el nopal, con una tuna entre sus garras, reproduce un gesto recolector, empero, de hecho, comete un acto de depredación, puesto que las tunas representan a los corazones humanos. Esta águila es también el Sol, quien en la alegoría, expresa sus exigencias: de ahora en adelante, Tenochtitlán habrá de edificarse con la sangre de las víctimas de la guerra. Presentada de esta manera, la guerra sagrada no es para los aztecas la vía de un nuevo destino sino la prolongación y el desenlace de su tradición de cazadores-recolectores, el cumplimiento de su ancestral vocación. Ibid., 364.

<sup>11</sup> Una leyenda teotihuacana sostiene que en el principio dos dioses, uno joven y otro anciano y enfermo, se sacrificaron para dar nacimiento a la luna y al sol, noche y día, marco sagrado que posibilitaría la vida de los hombres. En la *Leyenda de los cinco soles* (México, UNAM-III, 1975, pp. 119-128) se dice que Quetzalcóatl se sangró el pene para regar con su sangre los restos mortales de lo que sería el hombre del Quinto Sol. Otra leyenda establece que Huitzilopochtli mandó arrojar el corazón de su primo, para hacer brotar del lugar donde había caído un tunal que servía de señal para la fundación de Tenochtitlán. Fernando Benítez, *Historia de la Ciudad de México*, tomo I, p. 37 y s. (Op. cit.) Cf. también Christian Duverger, Op. cit., p. 343-347.

<sup>12</sup> Cf. Códice Mendocino, tercera parte.

<sup>13</sup> En opinión de Matos Moctezuma, la muerte en la piedra de sacrificios, constituyó la idea motor que motivó al mundo azteca. Eduardo Matos Moctezuma, *Muerte al filo de obsidiana*, México, SEP, 1986, pp. 59-68.

<sup>14</sup> La mujer en cuestión es Coyolxauhqui, hermana de Coatlicue, madre "virgen" de Huitzilopochtli.

<sup>15</sup> Christian Duverger, op. cit., p. 339.

<sup>16</sup> Basándose en los informantes de Sahagún, Duverger llega a aventurar la hipótesis de que el Templo Mayor reproduce al cerro de Coatépec donde, según una leyenda, Huitzilopochtli asesina a Coyolxauhqui y a sus 400 hermanos. Ibid. p., 332.

<sup>17</sup> Hernán Cortés, *Carta de Relación enviada a su Sacra Magestad del Emperador Nuestro Señor, por el Capitán General de la Nueva España...* 2a. carta, 30 de octubre de 1520; edición facsimilar de Francisco Antonio de Lorenzana, tomo II, México, SHCP, 1981, pp. 105 y s.

<sup>18</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit., pp. 192-194.

<sup>19</sup> Se atribuye a un grabado en madera, realizado en 1520, la base que sirvió para la re-elaboración del famoso plano de Tenochtitlán atribuido a Cortés, o a uno de sus hombres, y publicado por vez primera en la edición latina impresa en 1524 en la ciudad de Nurember. Cf. Hernán Cortés, op. cit., tomo IV, apéndice; Cf. Fernando Benítez, *Historia de la Ciudad de México*, tomo 2, pp. 38-40. Cf. también *500 planos de la ciudad de México 1325-1933*, México, SAHOP, 1982, pp. 28 y 29.

<sup>20</sup> Basado en los estudios de Marquina, Alejandro Villalobos reconstruye lo que debió haber sido el recinto sagrado que albergaba al Templo Mayor. Es, como el plano de Cortés, de forma cuadrada y confluyen en él las cuatro calzadas a las que haremos mención. La gran diferencia estriba precisamente en la orientación de los teocallis del Templo Mayor. El grabado de Cortés los ubica dando las espaldas al Oeste, es decir a Chapultepec y Tacuba. Villalobos los ubica, como en efecto así es, dando las espaldas al Este, de tal forma que

el templo de Huitzilopochtli, como ya hemos mencionado, se ubica en el ala derecha de la pirámide, es decir, hacia el Sur (visto de frente), mientras que el de Tlaloc, a la izquierda, es decir, al norte. De esa manera, los sacrificios que tenían lugar en ellos daban hacia el Oeste, en el lado donde el Sol se pone y, por lo tanto, cuando era más oportuno abastecerle de energía. Cf. Manuel Sánchez de Carmona, *Traza y Plaza de la Ciudad de México en el Siglo XVI*, México, Tilde-UAM-A, 1989, p. 20.

<sup>21</sup> Hernán Cortés, op. cit., tomo II, p. 102.

<sup>22</sup> Según una interpretación del plano de Cortés hecha por Manuel Toussaint, los dos castillones que se encuentran al Este de la ciudad corresponden a Texcoco (Nor-Este) y Chimalhuacan-Atenco. Los tres que están al Sur son Iztapalapa, Churubusco y Coyoacán (siguiendo las manecillas del reloj). Al Oeste se encuentra Tacubaya (justo donde aparece la bandera de los Austria) y Chapultepec. Al Nor-Este Tacuba. Y finalmente, los dos conjuntos que están al Norte son Azcapotzalco a la izquierda y Tepeyac a la derecha. 500 planos de la ciudad de México, op. cit. p. 28.

<sup>23</sup> Cortés, op. cit., p. 94.

<sup>24</sup> Ibid., p. 77.

<sup>25</sup> El plano de Villalobos confirma la ubicación de esta casa en el mismo lugar en que la sitúa Cortés. También el plano de Toussaint.

<sup>26</sup> Hernán Cortés. Op. cit., p. 111.

<sup>27</sup> Ibid., pp. 111-113.

<sup>28</sup> En verdad, las descripciones que he estado reproduciendo de las casas de placer de Moctezuma se confunden con su Palacio, que ciertamente formaba parte de un conjunto urbano difícil de precisar. Sin embargo, y gracias al Códice Mendocino, sabemos que el Palacio de Moctezuma tenía más funciones de gobierno y de habitación que de placer o distracción. La imagen que nos presenta el Códice contrasta con el dibujo de Cortés: es una construcción cuadrada construida en dos plantas (baja y alta), y divididas por la mitad por una escalinata y un teocalli donde se encontraba el trono de Moctezuma. Ahí se le ve con su diadema y traje de azul turquesa, el color distintivo que sólo él podría usar. Desde ese lugar daba audiencias y dictaba sentencias. A izquierda y derecha del trono, y en planta alta, se describen las habitaciones de los grandes señores de Tenayuca, Chiconautla y Colhuacan (un conjunto) y de los grandes señores de Texcoco y Tacuba. Frente a estos aposentos se anotan los patios respectivos. Finalmente, en la planta baja dos salones más: el de la izquierda es la Sala del Consejo de Guerra y el de la derecha la Sala de Consejo de Moctezuma, presidida por cuatro nobles sabios. Códice Mendocino, op. cit., pp. 109-111.

<sup>29</sup> Aquí la interpretación de Toussaint presenta un error evidente: ha puesto la banderola de los Austria sobre lo que considera Coyoacán, quizá pensando en que ese lugar se convertiría en la residencia de Cortés poco después de la toma de la ciudad. *500 planos...*, op. cit., p. 28.

<sup>30</sup> "Y víamos (desde el Templo Mayor) el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad... Bernal", op. cit., p. 192.

<sup>31</sup> Francisco Xavier Clavijero, en su *Stori Antica del Messico...* publicada en 1780, realizó un plano del valle del Anáhuac tal y como debió haber sido entre 1519 y 1521. Es obvio que hay errores, pero aún así la mayoría de las poblaciones que describe el plano de Cortés pueden ahí identificarse: Texcoco al Este, Chimalhuacan al Este-sureste, Iztapalapa al Sur-este, Mixcoac al Sur-oeste, Chapultepec al Oeste-suroeste, Tlacopan al Oeste, Tenajocan al Noroeste y Tepeyac al Norte. Cf. Fernando Benítez, op. cit., tomo 2, 35. Cf. 500 planos de la Ciudad de México, op. cit., p. 48.

<sup>32</sup> Al respecto, Bernal se admira más bien por las mercancías que en ese mercado se ofrecían: "Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas de diversas y calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, en dos días no se viera todo". El mismo Bernal dice haber escuchado, desde la cúspide del Templo Mayor, el rumor que había en esta plaza, que "...sonaba más que de una legua". Bernal, op. cit., pp. 191-193.

<sup>33</sup> Hernán Cortés, Op. cit., p. 104 y 108.

<sup>34</sup> Ibid., p. 101.

<sup>35</sup> Cayetano de Cabrera y Quintero. *Escudo de Armas de Mexico: celestial protección de esta Nobilissima Ciudad, de la Nueva España y de casi todo el Nuevo Mundo...* Edic. Facsimilar del original de 1746. México, IMSS, 1981, p. 32.

<sup>36</sup> Jacques Lafaye. *Quetzalcóatl y Guadalupe. La Formación de la conciencia nacional en México*. México, FCE, 1985.

<sup>37</sup> *Escudo de Armas...*, ibid., p. 10.

<sup>38</sup> Ibid., p. 18.

<sup>39</sup> Loc. cit.

<sup>40</sup> Jacques Lafaye llega a sugerir que el culto Guadalupano, presente desde los años de la conquista hasta nuestros días, constituye un largo ciclo de identidad nacional en la historia de México. Op. cit., p. 397. Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz. Las trampas de la fe*. México, FCE, 1983, pp., 63 y 64.